

RONDA POR EL MUNDO HISPÁNICO ENTREVISTA CON ENRIQUE KRAUZE

"Quien sólo conoce España, no conoce España".

H.T.

UNA FICHA BIOGRÁFICA de Hugh Thomas incluiría datos como éstos: "historiador británico nacido en 1931, se educó en la universidad de Cambridge y en La Sorbona. Ha sido profesor en la universidad de Reading, Inglaterra. Trabajó en el servicio diplomático del Reino Unido hasta 1956, año en que renunció como protesta por la invasión francobritánica del canal de Suez. Se afilia al Partido Laborista y se dedica a la cátedra. Aunque su primer libro importante es sobre la crisis de Suez, la reputación de Thomas como historiador se establece a raíz de la publicación de dos obras monumentales: La Guerra Civil Española (2 vols., Editorial Grijalbo, Barcelona, 1976) y Cuba: La lucha por la libertad (3 vols., Editorial Grijalbo, Barcelona, 1974). El primer libro apareció originalmente en Inglaterra en abril de 1961, y poco tiempo después fue publicado en español por Ruedo Ibérico, empresa editorial de exiliados republicanos radicados en París. Tuvo amplia circulación en la España franquista, si bien de manera clandestina. En aquel momento no existía ningún estudio histórico general sobre la guerra civil y sus orígenes, si exceptuamos dos obras, muy anteriores, de Salvador de Madariaga y Julián Zugazagoitia. Thomas abordó estos temas con la imparcialidad, objetividad y erudición propias de la escuela historiográfica inglesa. Su trabajo sobre Cuba es una vasta mina de información, que abarca de manera detallada la historia de la isla desde la ocupación inglesa de La Habana (1762) hasta la consolidación del gobierno comunista durante la década de 1960.

A partir de aquellos dos libros seminales, Thomas ha publicado varios otros, entre ellos: Historia del mundo, La paz armada y Madrid: Una antología para el viajero. Desde 1979 preside el Center for Policy Studies, think tank muy cercano al gobierno de Margaret Thatcher. En 1981 ingresó a la Cámara de los Lores con el título de "Lord Thomas de Swynnerton".

Una imagen más personal de Hugh Thomas se detendría en rasgos distintos: parece un Lord, es un Lord, pero circula por el mundo como el más común de los comunes. Lo vi en Xochimilco un domingo en la tarde, casi extasiado con la alegría y el color de las familias flotantes. Supe de sus

exploraciones en la Plaza Garibaldi, de sus comilonas en loncherías del centro y sus paseos en la Alameda. A principios de 1988 decidió emprender un libro sobre el vértice que faltaba en su triángulo hispánico. Desde entonces ha recorrido buena parte del país en ferrocarril y camión. Ha leído ya varios libros sobre México y estoy seguro de que, como su compatriota Johnson, leerá bibliotecas, pero, en la buena tradición de la literatura de viajes que empezó con Herodoto, su técnica consiste en escribir sobre lo visto, antes que sobre lo oído o leído.

La entrevista ocurre bajo una sombrilla en la azotea del Hotel Ritz de la calle de Madero. Hay una claridad inusitada en la atmósfera. Antes de iniciar la plática, Thomas pondera el escenario: allá, me señala, está la Profesa, más allá los campanarios de Catedral, aquí San Francisco. "Prefiero —me dice— llegar a una estación camionera de México como la Central del Norte que a Victoria Station en Londres: it is a very pleasing experience". Yo me quedo callado: apenas conozco la Central del Norte.

E.K.

Enrique Krauze: Hablemos de su primera escala. ¿Cómo se acercó a la historia española?

Hugh Thomas: Como en todas las cosas, el azar jugó un papel importante. Creo que mi interés se originó en una visita a España en el invierno de 1955 o 56. En aquel tiempo trabajaba yo en la Foreign Office. Acababa de regresar de Nueva York donde había presenciado la entrada de España a las Naciones Unidas. Visité El Escorial y Ávila, fui al sur, a Málaga, Sevilla y Córdoba. La riqueza del paisaje español fue una revelación, como lo fue también el encanto algo inocente de la gente que conocí. El Prado me impresionó profundamente. No había estudiado la historia española y comencé a darme cuenta de que no existía un libro satisfactorio sobre la Guerra Civil (había, eso sí, recuentos parciales). Decidí emprenderlo. A partir de 1957 dediqué cinco años a este proyecto. Pasaba mucho tiempo en las bibliotecas de España. El tema se consideraba prohibido y cerrado. Para el régimen de Franco las historias militares que había propiciado eran la última palabra. Trabajé también en Londres, donde me las arreglé para conocer a muchos voluntarios de las brigadas internacionales. Paulatinamente, en España fui ampliando mi círculo de entrevistados, primero republicanos y finalmente franquis-

tas. Todos terminaron por pensar: "Es mejor ayudarlo que obstruirlo".

E.K.: ¿Qué dificultades afrontó su investigación? ¿En qué sentido halló insatisfactorios los libros que se habían escrito hasta entonces sobre la Guerra?

H.T.: La mayoría, como dije, eran historias militares escritas por franquistas. Había algunas útiles como las de Aznar, Luis María Lojendio y aquella *Historia de la cruzada española*: buena, útil aunque desbalanceada. Yo solía consultar la prensa y confrontar los datos con los sobrevivientes. Para mi sorpresa, la prensa resultó una fuente de poca utilidad: era el recuento de lo que parecía estar ocurriendo, no de lo que en verdad ocurría. Por aquel tiempo algunos archivos se habían abierto —los alemanes, por ejemplo—, y algunos privados de España. Yo no hice más que compilarlo todo.

E.K.: ¿Cuál ha sido, desde entonces, la evolución de la historiografía sobre la Guerra?

H.T.: El cambio principal, por supuesto, ha sido el inicio de una producción historiográfica absolutamente seria dentro de España. Cuando mi libro apareció, quizá porque desintoxicó el ambiente, el régimen lo rechazó. Franco había utilizado la memoria de la Guerra Civil como una señal de alarma al pueblo español: miren, esto es lo que volvería a suceder si vuelve la democracia. Se decía que España era incapaz de ajustarse a las reglas de la libertad política y que la Guerra Civil era la lección clara de los excesos a los que conduce la libertad. Al principio, como he dicho, el régimen rechazó mi libro. Al poco tiempo, con la creciente distribución internacional del libro y su éxito interno (había una edición secreta de Ruedo Ibérico) las cosas empezaron a cambiar. Un hombre inteligente del régimen —Ricardo de la Cierva— auspició a varios autores jóvenes para escribir historias opuestas a la mía, pero historias fundadas, documentadas. Aquél fue el comienzo de una serie de libros —algunos muy buenos— escritos dentro de España que terminaron por aceptar, explícitamente o no, varios de mis planteamientos. Mencionaré un ejemplo, sorprendente: hacia 1970 apareció el libro *Arde Guernica* en el que por primera vez se menciona el bombardeo de Guernica por las fuerzas franquistas. Cuando Franco murió existía ya un acervo de historias interesantes. Al desaparecer la censura, los editores españoles percibieron el interés general por el pasado inmediato y promovieron la redacción y publicación no sólo de historias sino de memorias personales. Mi libro apareció por primera vez en 1976 y tiempo después fue publicado en fascículos. Tuvo un gran éxito. Mi reconstrucción quiso ante todo ser objetiva, y por ello jugó un papel que creo importante en la transición democrática. Un escritor busca siempre influir en la sociedad. Mi aportación fue, quizá, la de mostrar que la historia no era negra o blanca; que algunos jóvenes falangistas —para mencionar un caso— eran realmente idealistas. Gente del lado republicano comenzó a entender que José Antonio Primo de Rivera tenía en verdad una visión de España, una visión que no necesariamente podía ser buena o benéfica, pero una visión al fin. Del otro lado, recuerdo haber dicho en una con-

ferencia que García Lorca pudo salvarse en casa del poeta fascista Luis Rosales, pero que fue entregado a la muerte por un diputado católico.

E.K.: Acotación incidental: no era usted el primer escritor objetivo. Allí está el *Homenaje a Cataluña* de Orwell.

H.T.: Es un libro hermoso pero parcial. Más que un homenaje a Cataluña es un homenaje al POUm. Bien o mal, el gobierno catalán tomó una posición contraria a la de Orwell. En aquel tiempo buscaban centralizar militar y políticamente al gobierno. En tiempos de guerra esa actitud parece lógica. El POUm fue una víctima. Fue tratado con extrema crueldad. Orwell escribió lo que vio. No creo que haya, digamos, romantizado la historia, pero no aportó un lienzo completo. Mi opinión puede parecer demasiado realista —casi de Realpolitik— pero sinceramente creo que al margen de lo que los comunistas planeasen o de lo que a fin de cuentas resultaron, en 1937 eran moderados y en aquel momento actuaban en estrecho acuerdo con el ala derecha del socialismo y los liberales. El libro de Orwell trata con acierto los atropellos cometidos por los rusos contra el POUm, pero creo que no aprecia la necesidad republicana de contar con una maquinaria efectiva para resistir a Franco.

E.K.: Dejemos, si le parece, la historiografía y vayamos a la historia actual. ¿Cómo se ha dado este extraño y exitoso triángulo entre la monarquía, la democracia y el socialismo?

H.T.: Es una pregunta interesantísima. La prensa europea siempre dudó que fuera posible. Muchos pensaron que el país explotaría a la muerte de Franco. Esta gente desconocía los cambios que España había experimentado. En 1975 existía ya una amplia clase media que tenía mucho que perder. El país no contaba ya con un movimiento anarquista viable. La propia Guerra Civil había mostrado a los anarquistas la contradicción fundamental de su postura: el que los anarquistas se hubiesen incorporado al gobierno era una interesante contradicción en los términos. Otro cambio importante: la Iglesia. No era ya la corporación supersticiosa e intolerante de los años treinta. Por lo demás, aun antes de la muerte de Franco se percibía un cambio de mentalidad: la experiencia histórica pareció de pronto menos relevante que la experiencia por venir.

E.K.: ¿Cómo ocurrió esta mutación mental?

H.T.: Fue obra de la prosperidad y de una virtud que se menciona poco porque España sigue siendo un país incomprendido: la virtud de la cordura. Los españoles comprendieron que el choque de opiniones extremas conduce al desastre. Porque la vieja leyenda negra no acaba de morir, la gente tiende a creer que los españoles son apasionados y violentos, pero la historia toda de España y aun la del siglo xx demuestra algo distinto. No en balde España se mantuvo al margen de las dos guerras mundiales. El punto podrá rebatirse quizá, pero creo que en este siglo el número de muertes violentas es menor en España que en cualquier otro país europeo. En sus comienzos, el régimen de Franco, es verdad, fue excepcionalmente cruel, pero no así el de Primo de Rivera ni el de los varios y azarosos gobiernos del siglo xix. En

los siglos anteriores habían ocurrido menos revueltas campesinas que en el resto de Europa.

E.K.: Usted habla del papel de la sociedad, pero supongo que la imaginación política de los líderes tuvo también su importancia.

H.T.: En efecto, las circunstancias ayudaron pero algunos individuos jugaron un papel clave. Sobre todo el rey. Juan Carlos entendió que el sistema de Franco no podía sobrevivir aun con su apoyo. El rey tuvo siempre una idea clara del camino por seguir, una idea sencilla pero que a su vez era la única posible. Deliberadamente escogió personas jóvenes que no pudieran hablarle por encima del hombro, gente de su propia generación. Una excepción fue Torcuato Fernández Miranda, hombre algo mayor que fungió como tutor del proceso. Aunque el rey no es propiamente un intelectual, posee un juicio claro de la gente y sabe que tratándose de política cuenta más el carácter y la fuerza que las inciertas y dubitativas actitudes intelectuales.

E.K.: Y sin embargo, vista a la distancia, la Guerra Civil sigue sorprendiendo por la intensidad de sus querellas ideológicas y religiosas. ¿Cuáles fueron, en definitiva, las causas fundamentales de aquel drama?

H.T.: No creo que quepa hablar de la Guerra Civil Española en términos religiosos. Creo, más bien, que ocurrió lo siguiente: España despertaba apenas del 1898. En aquel año había culminado un largo periodo de degeneración y fracaso. Todos entendían que España entraba al siglo xx como una nación que, al menos potencialmente, podía volver a ser grande. Y así ocurrió, por principio, en el ámbito intelectual. Al despuntar el nuevo siglo, España se colocó a la vanguardia del arte y la literatura. Entre 1900 y 1936 la cultura española vivió un renacimiento comparable sólo con el Siglo de Oro. Aquel renacimiento no se confinaba a Madrid. La historia de Barcelona en los primeros treinta años del siglo siguió una trayectoria fascinante de efervescencia nacionalista y cultural. Ahora bien, uno esperaría un desarrollo paralelo en la vida política. En cierta forma esto ocurrió, pero el problema residía en la competencia irreductible de demasiadas ideas —buenas o malas— en torno al futuro deseable para España. La pregunta central era ¿cómo revivir a España? Para responderla surgieron muchas ideas en conflicto. La catalana, por ejemplo, que ponía a Cataluña en el centro de una nueva república federal. Había la idea republicana, básicamente jacobina y anticlerical, que atribuía todos los problemas de España a la posición histórica de la Iglesia. Estaba también la idea falangista, extrañada parcialmente de movimientos fascistas europeos pero a la que no faltaban elementos propios. Estaba el carlismo, que con libros como *El nuevo Estado* de Víctor Pradera retrotraía la discusión política a los orígenes históricos de la monarquía con Fernando e Isabel. En la izquierda, prosperaba la idea anarquista con su imagen de una total recreación de la sociedad sin Estado ni propiedad privada, una sociedad organizada en comunas relacionadas entre sí sobre la base de una vaga indexación estadística. Estaba la idea socialista, creyente en la centralización, la reforma educativa y

el nacionalismo. Estaba, en fin, la idea comunista. Todas estas ideas y tendencias competían entre sí. Todas eran básicamente extremistas. Muchas carecían de realismo, pero sus defensores creían sinceramente que sólo ellas salvarían a España. La fórmula "Salvar a España" resonó innumerables veces en aquellos días. Todos se sentían salvadores de España. Esta competencia de ideas irreductibles y extremas fue lo que, a mi juicio, condujo al país a la Guerra Civil.

E.K.: Demos ahora un paso adelante a su siguiente estación: Cuba.

H.T.: Había concluido mi libro sobre España. Recibí entonces una propuesta de Penguin Books para escribir un libro breve sobre Cuba. Visité la isla y advertí que las cosas eran mucho más complicadas de lo que parecían, que el proyecto de Penguin era demasiado simple. Les propuse en cambio intentar una historia de Cuba. Pasé ocho años escribiéndola. Se publicó en 1971. Resultó un libro voluminoso en el que me remonté quizá innecesariamente al siglo xix. Con todo, sigo pensando que la historia de Cuba es aún más interesante que el régimen de Castro. Descubrí, por ejemplo, que la exitosa colonia del siglo xix era un objeto de estudio tanto o más digno de estudio que el presente revolucionario.

E.K.: ¿Por qué el título? Pensando en Castro, *Cuba: The Pursuit of Freedom* parece ahora casi una ironía. Por otro lado, suena perfecto como epígrafe biográfico para Martí.

H.T.: Martí es el teórico por antonomasia de la política cubana y la historia cubana es, en efecto, la lucha por alcanzar la libertad; una lucha tan continua como frustrada. A través del siglo xix, muchos cubanos soñaron con alcanzar una independencia de España similar a la que México había logrado desde 1821. Utilizo la palabra libertad como sinónimo de independencia...

E.K.: Y no en su acepción interna, como libertad política...

H.T.: No, porque este aspecto fue posterior. Buena parte del siglo xix cubano se consumió en la discusión sobre los beneficios y los costos de una posible anexión a los Estados Unidos, país que por entonces se hallaba en plena expansión. La Florida acababa de desprenderse del tronco cubano; por siglos había sido la colonia cubana de ultramar —como, de algún modo, lo es ahora. Siempre hubo exiliados cubanos en Nueva Orleans, Florida y Nueva York conspirando contra las autoridades españolas en la isla. Hubo dos guerras revolucionarias, la segunda de ellas muy cruenta a final del siglo. Nació la idea de establecer una democracia ideal basada en la independencia internacional y la libertad interna. Este proyecto se frustró con el retorno de las tiranías. Machado y Batista revivieron las viejas actitudes caudillistas del siglo xix. Para escribir en esos días un ensayo polémico contra la dictadura, cualquier escritor podía recurrir simplemente a sus antecesores liberales, exiliados en Nueva Orleans en el siglo xix. El problema de los liberales cubanos de aquella hora fue la ilusión —típicamente española— de creer que existe la libertad en estado puro. Si lo que se busca es construir una comunidad próspera no hay más remedio que vincularla a las economías de otros países; con mayor razón en el

caso de Cuba cuya economía depende tanto de un cultivo único: la caña de azúcar. El azúcar había traído beneficios indudables pero también grandes restricciones. Cuba dependía de sus clientes y esto naturalmente limitaba su libertad. Todas las libertades son, por supuesto, limitadas, incluso la libertad de Inglaterra que depende, en un 30 o 40% de su PIB, de sus exportaciones. Cuba estaba en esa misma situación, pero su dependencia era más extrema.

E.K.: Así que se sumergió usted en la historia remota sin atender demasiado al presente revolucionario.

H.T.: Era difícil escribir una historia de la Revolución. Hubiera carecido de los materiales necesarios. Sobraba propaganda. Por lo demás, si en una democracia es difícil escribir sobre el presente lo es mucho más en un Estado totalitario como el que Cuba muy pronto se volvió.

E.K.: ¿Qué tan pronto? ¿Qué efecto causó este cambio en usted?

H.T.: Castro entró a La Habana en enero de 1959. Un hecho muy significativo ocurrió en marzo de ese mismo año. Se juzgaba a ciertos pilotos por crímenes de guerra en Santiago de Cuba. El juez dictaminó su inocencia. El régimen se indignó y ordenó un nuevo juicio con nuevos jueces que, como es obvio, revocó la primera sentencia y los halló culpables. Aquella era una señal inequívoca. Es cierto que hasta mediados de 1959 se mantenían algunos ministros liberales. Desde fuera parecía posible la permanencia cubana en la órbita occidental. Con todo, creo que a esas alturas Castro y su pequeño grupo habían tomado la decisión básica de trabajar por fuera de esa órbita. Le pondré un ejemplo: supongo que hacia junio de 1959 uno podía declararse anticomunista en Cuba. Hacerlo un mes más tarde entrañaba riesgos. El presidente Urrutia fue removido por esta razón. En octubre, Huber Matos fue encarcelado por oponerse a comunicar la revolución. Esa oposición le costó veinte años de cárcel. Todos en la isla lo sabían.

E.K.: ¿Todos?

H.T.: Todos los que dentro y fuera se molestaban en averiguar la verdad.

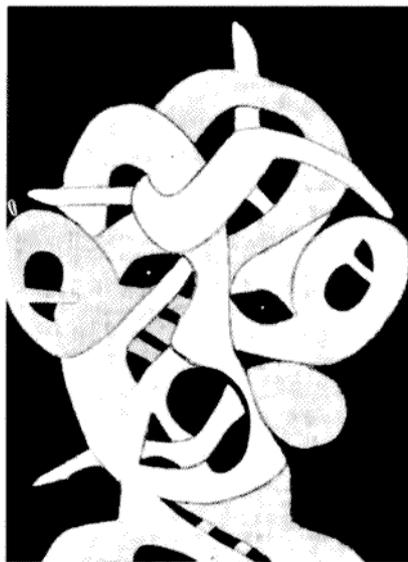
E.K.: O sea pocos...

H.T.: O sea muchos. Curiosamente, el proceso no se ocultaba. El juicio de Matos fue abierto y público. Fidel y Raúl Castro pronunciaron grandes discursos frente al tribunal. Era perfectamente claro lo que ocurría. Todo esto, sin embargo, no afectó mi investigación. Yo me tomé el trabajo de averiguar muchas cosas. Viajé mucho. Tenía el impulso de descubrir. Sentí que los cubanos eran gente maravillosa, lo cual, en efecto, son. Me es difícil precisar ahora mis reacciones frente a lo que ocurría en la vida política, pero debo decirle que aunque por entonces era yo miembro del Partido Laborista, era también, ante todo, un demócrata. Para la mayoría de los integrantes del laborismo inglés, la democracia era más importante que el socialismo. Si había que escoger entre ambas ideas, uno escogía la democracia. De modo que no me hice mayores ilusiones con los comunistas en el poder. Quizá llegué a pensar que Castro utilizaría al Partido Comunista por

un tiempo, cosa que ocurrió, pero no —como yo esperaba— para liberalizar la vida política de Cuba sino como palanca en la adopción del sistema comunista. Aún ahora creo que antes de llegar al poder Castro no era un marxista-leninista convencido. Le interesaba el poder y le interesaba la relación con la URSS porque de esa manera podía desafiar a los Estados Unidos. A mi juicio, ese era el fondo de su actitud.

E.K.: Un periódico de principios del siglo en La Habana voceaba: "El odio al yanqui será la religión de los cubanos". ¿Podría usted bordar un poco sobre este punto?

H.T.: La tragedia de la historia cubana reside en el hecho de que el nacionalismo cubano se define sólo en función del desafío frente a los Estados Unidos. La relación entre ambos países ha sido siempre ambigua, profundamente ambigua. Los Estados Unidos jugaron un papel determinante en la independencia cubana respecto de España. Durante los primeros años del siglo invirtieron fuertemente y propiciaron largos años de prosperidad. Aunque no fueron los padres de la idea, introdujeron los cambios médicos necesarios para erradicar, por ejemplo, la fiebre amarilla. Estados Unidos fue siempre un refugio para los disidentes cubanos, para los demócratas cubanos. Los ataques contra los tiranos de Cuba solían partir de playas norteamericanas. Yo comprendo perfectamente que para muchos cubanos aceptar todos estos aspectos positivos resultó intolerable. Y claro, también es cierto que la peor cara de Estados Unidos aparecía a menudo en Cuba. Errol Flynn llegó a decir que La Habana era el sitio ideal para emborracharse. Al decir esto, expresaba una actitud generalizada entre los norteamericanos que visitaban Cuba. Había poco turismo pero era ruidoso e impertinente. A veces



Cabeza de chamán I, 1985

me pregunto si todo el nacionalismo cubano —incluido el de Castro— no ha sido sino el último dique para preservar la cultura cubana —con todos sus componentes hispánicos y africanos— de la "cocacolonización". Siento, en suma, que la Revolución cubana tuvo como resorte básico el nacionalismo cultural.

E.K.: ¿Conoció usted personalmente a Franco? ¿A Castro?

H.T.: No. Vi a Franco una sola vez y a Castro varias veces. Lo vi, no lo traté. Al principio quise, pero era elusivo. Lo veía de lejos, en los mítines. Luego decidí que era mejor no conocerlo porque advertí la influencia dominante que ejerce. Su personalidad y su encanto subyugan. Le ocurrió a aquel periodista norteamericano, Herbert Mathews, que veía en Castro a un hijo. Por lo demás, Castro es inmensamente susceptible a la crítica. René Dumont, por ejemplo, pasó largos días junto a él. Con el tiempo, Dumont escribió un libro crítico sobre la economía agraria en Cuba. Castro no lo perdonó. El fenómeno ha ocurrido antes. Con Stalin, por ejemplo. Los poderosos atraen y si son inteligentes logran que el interlocutor comparta sus teorías conspiratorias. Son amables, lo invitan a usted a sentarse, a conversar privadamente y le transmiten la impresión de estar auténticamente interesados en usted, sólo en usted. Hitler cautivó a personas tan inteligentes como Toynbee, Lloyd George y Nevil Chamberlain. Los hombres grandes —dice Popper en algún sitio— cometen grandes errores. Uno debe apartarse de los grandes hombres al hacer historia.

E.K.: ¿Reconoce usted en la historia revolucionaria de Cuba algunas etapas? ¿Cuál es su teoría sobre Cuba?

H.T.: Tengo una teoría sobre Cuba. No creo, como algunos sostienen, que Castro haya sido un comunista que buscase establecer en Cuba un régimen independiente de la URSS y que por obra de las circunstancias, en 1969 o en 1975, hubiese tenido que cambiar su actitud. Si cabe hablar de etapas es sólo en la política económica. El primer impulso de Castro fue iniciar una revolución económica. Se hizo un esfuerzo por industrializar a la isla, por alcanzar la siempre anhelada diversificación agrícola y algunas otras innovaciones. Sin embargo, la desaparición masiva de la clase administradora y la influencia creciente de la URSS acabaron a fin de los sesenta con el impulso. A partir de entonces, me parece que Cuba ha debido incurrir en el monocultivo de un modo y en una dimensión sin precedentes, abandonando los esfuerzos de diversificación. Yo diría incluso que las exportaciones de azúcar representan en los ochenta una porción mayor de la que representaban en los cincuenta. No deja de ser paradójico. A veces dudo que en Cuba haya habido una revolución económica. Que hubo una revolución política es evidente.

E.K.: ¿No olvida usted que Cuba ha resuelto en gran medida los problemas de salud y analfabetismo?

H.T.: Es verdad. Con respecto a los años cincuenta, estos dos aspectos de política social muestran un claro avance. Pero usted debe por fuerza preguntar: ¿Educar, para qué? ¿Preservar la salud, para qué? Los líderes revolucionarios sostendrían que la educación y la salud han servido para crear

hombres que sirvan al Estado —ellos dirían: a la Revolución. Se me ocurre que en este sentido Castro ha pedido prestado algo importante a México. Antes de la Revolución mexicana, las revoluciones simplemente ocurrían, se consolidaban y finalmente se transformaban. Después de la Revolución mexicana, al menos en la versión oficial, las revoluciones no sólo ocurren sino que siguen ocurriendo. Lo mismo pasa en Cuba: a pesar del evidente estancamiento de los últimos diez años cuando menos, la revolución "continúa".

E.K.: Tratemos un poco de historiar el futuro de Cuba. ¿Cómo lo entrevé usted? ¿Habrá un reacomodo entre Gorbachev y Castro?

H.T.: Castro no ha ocultado el hecho de que su entusiasmo por la Perestroika es muy escaso. Tengo la impresión de que la URSS debe estar reconsiderando ahora mismo su compromiso con Cuba. Si la URSS necesitara aún a Cuba como un trampolín revolucionario en Latinoamérica, el compromiso persistiría. Si requiriera todavía el apoyo militar de Cuba en África o el Medio Oriente, el compromiso persistiría. Pero si ambos requerimientos disminuyen —y sospecho que disminuirán— estoy cierto de que Gorbachev planeará una reconsideración de sus estrategias que puede simplemente consistir en decirle a Castro o a los cubanos: "La URSS los seguirá apoyando pero no en el nivel ni en las condiciones actuales; lo que ustedes deben hacer ante todo es poner su casa en orden. A nosotros ya no nos interesa particularmente la promoción de pequeñas revoluciones en Latinoamérica. Si ustedes logran un éxito económico interno, este cambio puede ser un imán aún más poderoso para los otros países de la zona que lo que pudieron haber sido las revoluciones militares". Por mi parte, creo que un razonamiento así sería certero: a menos que el atractivo militarista en América Latina sea todavía un factor determinante, el socialismo de Estado al estilo sueco —con concesiones a la libertad política— sería un modelo mucho más atractivo que el actual modelo cubano...

E.K.: Pero ¿dónde deja usted al nacionalismo cultural? No ha desaparecido. Se ha recrudescido, probablemente...

H.T.: Continuaría. Piense usted en el nacionalismo cultural mexicano: se mantiene, pero no obstruye la existencia de relaciones cercanas con los Estados Unidos. Por lo demás, el antiamericanismo de Castro, en una versión más moderada, encontraría apoyos entusiastas en Europa donde, por complejas razones históricas, los norteamericanos tampoco son precisamente adorados.

E.K.: Cambiemos un poco de escenario. Justo en el momento en que Castro accede al poder y a la historia, un demócrata venezolano llega al poder. Es el contrapunto exacto. Me refiero a Rómulo Betancourt. Usted lo conoció y admiró. Uno de sus libros (*La historia del mundo*) está dedicado a Betancourt. A la distancia, ¿quién de los dos gobernantes, Castro o Betancourt, tuvo la razón?

H.T.: Betancourt, por supuesto. Betancourt entendió que su país había llegado a un nivel de madurez histórica que reclamaba la plena institucionalización de la democracia. La

prueba del éxito está en que desde entonces, y a pesar de la gran crisis de 1962, Venezuela ha continuado siendo un país democrático. Es verdad que la generación de líderes venezolanos de ahora me parece menos atrayente que la de los años cincuenta, pero ésta puede ser sólo la impresión de un hombre cuya edad coincide con la de los actuales gobernantes y no una veneración excesiva por los grandes hombres de Estado.

E.K.: Pero Betancourt fue, en efecto, un gran hombre de Estado.

H.T.: Sin duda. Lo conocí bien. Visité varias veces Venezuela a invitación suya y con la idea de que yo escribiese un libro precisamente sobre la transición democrática en Venezuela. Mis compromisos de política interna en Inglaterra me desviaron del proyecto.

E.K.: ¿No lo desvió, más bien, la convicción de que la historia del éxito es menos interesante que la historia del conflicto?

H.T.: Muy cierto, muy cierto. Le aseguro a usted que si la transición democrática española se hubiese frustrado o hubiera desatado una nueva guerra, las librerías se habrían atestado de obras sobre "España en conflicto". Me temo, sin embargo, que todo esto es parte de la naturaleza humana.

E.K.: Usted estuvo en Chile en tiempos de Allende.

H.T.: En efecto. Fue en 1971 o 1972. Había sido invitado por mi buen amigo Claudio Véliz a impartir una conferencia en un instituto que él dirigía. Al llegar, me topé con la extraña nueva de que Véliz había sido depuesto. La razón: era insuficientemente radical. Los porteros y los cocineros del Instituto querían utilizarlo como barricada de la Revolución. El asunto me pareció alarmante. No faltó quien me preguntara: "Ah, Mr. Thomas, ¿no advierte usted ciertas similitudes entre la situación chilena y los albores de la Guerra Civil Española?", casi como incitándome a contestarle "sí". De regreso a Inglaterra resentí el apoyo indiscriminado del Partido Laborista al régimen de Allende. En términos puramente democráticos, este apoyo mostraba una falta de sensibilidad política frente a los chilenos. Si un régimen semejante al de Allende hubiese alcanzado el poder en Europa —no digamos en Inglaterra— la actitud del Partido Laborista hubiese sido muy distinta, más aún si se recuerda que Allende había llegado al poder con apenas un tercio del voto. Varias personas del Partido Laborista con las que me entrevisté en Londres sostenían entonces que Frei y Alessandri eran fascistas —contrarrevolucionarios. Nada más lejos de la verdad. Aquel fue un momento clave de definición personal, no sólo para mí sino para muchos de los mejores miembros o simpatizantes del Partido Laborista. Algunos se apartaron: David Owen, por ejemplo. Con el tiempo, Roy Jenkins dirigió el Partido Liberal en la Cámara de los Lores. Yo empecé a votar como conservador.

E.K.: Toquemos el punto más sensible: la guerra de las Malvinas. ¿Cuál fue su opinión en el momento? Debe haber sido difícil para usted.

H.T.: Particularmente difícil. Coincidió con la publicación de mi *Historia del mundo*. Viajé a España y en cada presen-

tación la pregunta era la misma: "Está bien, Mr. Thomas, hemos oído suficiente sobre los egipcios, pero díganos ¿qué piensa de las Malvinas?" Algunos socialistas catalanes eran menos hostiles. Un vasco me escribió: "No confíe en los castellanos". Para mí la solución habría sido la cesión plena de soberanía a cambio de un contrato de arrendamiento por cincuenta años. Éste era el esquema propuesto por el ministro en cuestión, pero la idea se topó con la oposición en tenaza de la extrema izquierda y la extrema derecha. Había en todo ello un fuerte ingrediente de nacionalismo inglés. El asunto se archivó. Nadie imaginaba entonces que Galtieri utilizaría la querrela como lo hizo. Mi opinión es que Galtieri pensó en la recuperación de las Malvinas como un salvavidas para su gobierno. Perón no hubiera hecho otra cosa. El ministro de Galtieri, Costa Méndez, que había vivido en Inglaterra, fue quien seguramente le dio alas. Creyó —me imagino— que los ingleses armaríamos un escándalo mundial pero que no nos atreveríamos a intervenir. En aquel momento yo estaba ya asociado al gobierno. Después de la invasión, confieso que no vi alternativa a lo que ocurrió. Pudo haberla si Galtieri hubiese sido más inteligente, si hubiera aceptado algún tipo de compromiso: la presencia conjunta de los ingleses, argentinos y las Naciones Unidas, por ejemplo. Estoy cierto que de la parte inglesa existía voluntad de arreglo. La intransigencia de Galtieri lo frustró todo.

E.K.: En suma, aquello fue el choque de dos nacionalismos...

H.T.: No. Fue el choque entre un gobierno democrático que había sido atacado y un régimen militar ineficaz e indisciplinado. Recuerdo a propósito una frase de un ministro de la época, Francis Pym: "Es una lástima que Galtieri no sea un auténtico dictador fascista, porque de serlo no tendría que consultar todo con sus coroneles".

E.K.: Entiendo que planea usted escribir un libro sobre México. Me parece muy buena idea, pero ¿de dónde proviene?

H.T.: Hace tiempo que quería yo escribir un libro sobre otro país hispanoparlante. Pensé en Venezuela, como le dije, pero finalmente me incliné por México. De tiempo atrás, por mis lecturas y por mis visitas ocasionales a este país, sabía que México posee una variedad inagotable, una riqueza inagotable de historia, de imaginación literaria, de variedad geográfica. Pensé que si iba a escribir de nueva cuenta sobre Latinoamérica, debía escoger la más antigua, la más compleja, la más interesante de sus culturas.

E.K.: ¿De qué está hecha, en dos palabras, la actitud sajona con respecto al mundo hispánico?

H.T.: De tres palabras: ignorancia, prejuicio y fascinación.

E.K.: ¿Cuál de las tres prevalece?

H.T.: Me temo que la primera.

11 de diciembre de 1988.